EN EL VIGÉSIMO ANIVERSARIO DE LA MUERTE DE KRAEPELIN*

E. EDUARDO KRAPF

Si este círculo amigo ha querido conferirme el alto honor de conmemorar hoy, a los veinte años de su muerte, la venerable figura de Emilio Kraepelin, se lo debo — me doy cuenta — en gran parte a mi buena suerte: he tenido el privilegio de conocer al maestro personalmente.

No lo conocí muy íntimamente. Oí su última conferencia, tuve con él tres o cuatro conversaciones durante las cuales él — felizmente — hablaba mucho más que yo; y asistí al solemne sepelio que le dió la Universidad de München. Pero la fugacidad de mi contacto con él no borra el hecho de que lo he tenido. Estreché su mano; oí su voz; sentí como su mirada penetrante escudriñaba mi asustada cara de modesto aprendiz. Puedo hablar de Kraepelin como de un hombre de carne y hueso, y no necesito limitarme a conjurar de hojas ya un poco polvorientas, sólo los contornos inciertos de su pálida sombra literaria.

No sé como se juzgará la labor científica de Kraepelin en el centenario c bicentenario de su muerte. Hoy, a los veinte años de su desaparición, hemos de confesar que no nos parece tan fundamental como se admitía durante su vida.

Es cierto que la psiquiatría moderna fué, en gran parte, obra de Kraepelin. Al introducirse su sistema nosológico en las clínicas y asilos del mundo entero, se impuso, al mismo tiempo, el pensamiento clínico en que se arraigaba, y que domina, hoy por hoy, la medicina mental en su totalidad. En cierto sentido, todos los psiquiatras de nuestra época somos más o menos kraepelinianos, y sería injusto negar cuánto todos nosotros debemos al genio sistematizador del maestro.

Pero sería igualmente necio si cerráramos los ojos ante el revés de la medalla. La psiquiatría clínica no tuvo un sólo iniciador: Morel y Magnan, Kahlbaum y Koch elaboraron sus conceptos básicos antes de Kraepelin. Tampoco se puede decir que el edificio no se podría haber levantado en fundamentos muy diferentes: las concepciones neuropatológicas de Jackson, Meynert y Wernicke eran tal vez hasta más apropriadas que las más primitivas de Kraepelin, pero la inundación kraepeliniana les quitó toda influencia real durante decenios. Finalmente, hay que destacar que un sistema tan esencialmente estático como el de Kraepelin no pudo menos que despertar la oposición de todos aquellos que aspiraban a una psiquiatría más dinámica. Hoche y Adolf Meyer fueron los primeros líderes del movimiento revolucionario contra la rigidez de la nosología kraepeliniana, y el maestro tuvo la grandeza espiritual de admitir su crítica y de modificar sus opiniones básicas muy pocos años antes de su muerte. Mientras tanto, sin embargo, la corriente dinámica en psiquiatría ha cobrado una intensidad incomparablemente mayor, y la revolución psicoanalítica cuyos comienzos registraba Kraepelin con una curiosa mezcla de respecto e incomprensión perpleja, relativizó muchas de las teorías que hace veinte años parecían tener valor absoluto.

Digamos, pues, con toda franqueza: si bien, de un lado, somos hoy todos un poco kraepelinianos, del otro lado, todos hemos dejado de serlo en un sentido integral. Y no tenemos miedo de admitirlo hoy y aquí, en un acto de homenaje a Kraepelin. Pues podemos estar seguros que él mismo, si viviera, sería el pri-

^{*} Discurso pronunciado el 8 de octubre de 1946 en la Asociación Argentina de Médicos Psiquiatras.

mero en renunciar al kraepelinianismo: nada le valía la persona donde se trataba de los hechos y de la verdad.

Dije, hace un instante, que no sabía cual iba a ser el juicio de la historia sobre la obra de Kraepelin. Permítanme agregar ahora que no tengo ninguna duda acerca de la opinión que tendrá la posteridad sobre su personalidad. Pasé los años decisivos de mi formación psiquiátrica en la Clínica de München que había sido de él, y conviví durante todo este tiempo, en parte muy intimamente, con hombres que, como Spielmeyer, Plaut, Kahn, Spatz y Lange, habían pertenecido al círculo intimo de Kraepelin. Muchas son las anécdotas que oí allí sobre el extinto, y grande fué la impresión que me causaron los relatos de sus discípulos. Pero hubo una anécdota que se me grabó más profundamente que cualquier otra y que en mi opinión pinta a Kraepelin todo entero: cuando un discípulo lo venía a consultar acerca de un resultado de investigación que no coincidía con lo esperado y le preguntaba como debía proceder en tal encrucijada, el maestro solía contestarle "Dígalo como es", y con esto terminaba el asunto. "Dígalo como es"! Qué lema perfecto para un hombre de ciencia! Qué formulación noble y orgullosa para el deber de honestidad absoluta que incumbe al verdadero investigador!

Cuando Kraepelin, en 1887, se hizo cargo de su primer titulariado en Dorpat, inició sus clases con una conferencia sobre las distintas direcciones de la investigación psiquiátrica. Ahí trazó el programa de "estudio cuidadoso del detalle", del "tratamiento monográfico de todas las pequeñas variantes" y de "observación y descripción sobria de los hechos" cuya realización fué la tara de su vida. Y bien, lo que más llama la atención en esta conferencia es cuantas veces figuran en ella adjetivos como "provisional" y adverbios como "por ahora". Kraepelin era un fanático de los hechos, y podemos estar seguros de que todo hecho observado por él era, es y será para siempre una realidad incontestable. Pero estaba muy lejos de ser un fanático de sus opiniones; tan poco, en efecto, que se le acusó hasta de inconstancia excesiva y de novelería injustificada.

Es un hecho, en efecto, que sus opiniones nosológicas cambiaban, a veces, de modo casi vertiginoso. Un reflejo de esto encontramos en una nota humorística publicada en la Festschrift del Congreso Anual de la Asociación Psiquiátrica del Sudoeste Alemán de 1896. El autor anónimo inserta ahí un hipotético prefacio para la sexta edición del Tratado en la cual se ofrece un premio de 100 marcos "al que puede demostrar qué se ha hecho del Wahnsinn (amencia) de la cuarta edición". Además figura el siguiente párrafo: "Desde que un destino feliz me permitió, despues de la aparición de la quinta edición, ver más o menos 200 enfermos, mis opiniones han vuelto a sufrir un cambio considerable; sobre todo acerca de la terminación definitiva de las distintas formas obtuve en los últimos seis meses una claridad absoluta; me he convencido que mi clasificación anterior contenía todavía demasiados síndromes, y ahora doy la agrupación más reciente, ya muy cercana del ideal, de la cual espero que podrá quedar válida para dos o tres meses".

Y no vayan a creer que la constante renovación de los conceptos se debía a meros caprichos de Kraepelin. Siempre era la observación de enfermos — y de un poco más que 200 — que lo determinaba a modificarse. He tenido oportunidad de ver como extraía para la última (novena) edición del tratado, historias clínicas de paralíticos, como llenaba de notas e interrogantes sus fichas, y como agrupaba y reagrupaba un material que ya de por si nadie conocía mejor que él. Puede sonar asombroso, pero se puede asegurar que en las 2000 páginas de la octava edición no figura una sola frase que Kraepelin no hubiera podido documentar en una o varias historias clínicas existentes en su clínica.

Lo que Kraepelin buscaba, era la verdad. Las personas no importaban. Cuando un discípulo jóven criticaba a un representante de otra escuela de modo despectivo, Kraepelin lo paraba en seco: "De un hombre que trabaja honrada-

mente no se debe hablar sino con sombrero en mano". He ahí otra máxima merecedora de ser recordada con frecuencia. Y no es impresionante recordar que cuando se le pidieron nombres de psiquiatras dignos de reemplazarlo en el titulariado, mencionó sólo a uno de sus propios discípulos y a tres hombres que provenían de escuelas "enemigas"?

Su fanatismo de la verdad no siempre fué agradable para su ambiente. Ser asistente de su clínica era una forma refinada de esclavitud. De día se trabajaba prácticamente sin interrupción de las ocho de la mañana hasta las siete de la noche con un ritmo tal que era casi un poco pecaminoso caer enfermo. Se cuenta que cuando un asistente se enfermaba por segunda vez en tres años, Kraepelin frunció la frente y dijo con cara desdeñosa: "Yo no sé, este Doctor Fulano me parece muy debilucho". El trabajo no terminaba, por otra parte, a las siete: de noche hubo reuniones y seminarios, y hubo cierta época en que Kraepelin hacía experimentos sobre la profundidad del sueño, en que solía entrar inesperadamente a la una o dos de la madrugada en la habitación de sus médicos internos para despertarlos de un campanazo y hacerlos sumar números. No necesito decir que fué igualmente desconsiderado consigo mismo. Pocas semanas antes de morir, voló por primera vez en su vida porque no quiso confiar el manuscrito de la novena edición del Tratado a ningún extraño, y prefirió la incomodidad y el peligro de un vuelo para tener la satisfacción de entregar su obra personalmente a la imprenta. Hasta sus vacaciones estaban dedicadas al trabajo. Poseía una propiedad en el Norte de Italia, a la que se retiró todos los años durante las vacaciones universitarias. Y bien, he visto en el cuaderno de libros prestados de la clínica que nunca se fué allí sin llevar consigo toda una biblioteca, ni sin firmar, por otra parte, como cualquier otro, el recibo de los libros en el cuaderno.

No es de extrañar que un hombre del empuje de Kraepelin sabía hacerse enemigos. El primero de ellos era su primer jefe, Flechsig, en Leipzig, con quien se peleó hasta tal punto que el gran anatomista quiso echarlo de la clínica diciendo que era un individuo que, evidentemente, no tenía capacidad para la psiquiatría. Esto hubiera sido un fin muy prematuro de su carrera brillante. Pero tal vez no es menos interesante registrar aquí lo que lo salvó: fueron sus coasistentes los que declararon su propósito de abandonar la clínica con él quienes afirmaron su posición. Y hay que saber lo que una actitud de esta índole significó en la Alemania imperial de 1880 para poder apreciar cuan extraordinario debe haber sido el magnetismo personal de Kraepelin. El número de discípulos descollantes que se formaron alrededor de él es, en efecto, legión. Pero que se dice de un hombre que pudo convencer a todo un Titular de Psiquiatría (Alzheimer) de renunciar a su titulariado para aceptar la dirección de un laboratorio en su clínica? El destino me ha brindado la oportunidad de tener contacto personal con un gran número de psiquiatras destacados de nuestra época. Pero no exagero al decir que no he conocido a ninguno que dominaba mejor el arte de despertar en un jóven investigador, algo tímido, la llama ardiente del entusiasmo científico.

Ya mencioné que oí la última conferencia que daba Kraepelin en mayo de 1926 en una sesión del Instituto de Investigaciones Psiquiátricas que él había fundado antes de su jubilación y cuya dirección ejercía hasta su muerte. Habló sobre parálisis general, y recuerdo muy vivamente mi extrañeza cuando, en vez de esbozar programas de investigación para otros, nos presentaba un estudio personal extremadamente exacto y — porque no decirlo? — bastante aburrido sobre la relación estadística entre ciertos síntomas y ciertos tipos de evolución. Luego ofreció en la biblioteca la habitual taza de té a la que estaban invitados todos los concurrentes a la sesión. Yo tenía 25 años y me había iniciado en la clínica poco más de un mes antes. No pasó media hora antes de levantarse el maestro de la mesa de los personajes para acercarse a la mía y preguntarme quién era, qué hacía y qué pensaba investigar. Debo confesar que estaba algo

cohibido. Pero esto no duró mucho tiempo. Pues cuando le dije que lo encontraba algo difícil orientarme, me contó él mismo acerca de la mala opinión que de él había tenido Flechsig y agregó con una sonrisa que entonces él también había dudado de si mismo, y que, despues de todo, había llegado a hacer algo útil.

Vita brevis, ars longa. Han pasado veinte años desde que el maestro cerró los ojos para siempre. Hoy nuevos hombres están siguiendo nuevos caminos, nuevos investigadores buscando nuevas metas. La psiquiatría moderna que Kraepelin cuidó en sus pañales se ha hecho adulta y parece querer separarse de su padre para poder cumplir mejor con los deberes de un nuevo día. Sé que Kraepelin no se opondría a esta evolución. La bendeciría. Pero nos pediría seguramente que al abandonar sus opiniones mantengamos el alto sus principios.

Sigamos diciéndolo como es. Esto será el mejor homenaje que podemos brindar a la memoria de Emilio Kraepelin.

Maipú, 1266 — Buenos Aires — Argentina